

EL DIÁLOGO JUDEO-CRISTIANO DESDE UNA PERSPECTIVA JUDÍA

Isaac Querub Caro

Presidente FCJE

Conferencia Episcopal, Madrid, 24 de octubre de 2017

Queridos amigos, queridos hermanos,

Agradezco de corazón esta invitación de la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales de la Conferencia Episcopal Española para hablarles de la perspectiva judía del dialogo judeocristiano en la actualidad.

Decía el pensador francés católico y progresista Charles Péguy: “peor que un alma perversa, es un alma habituada”. Precisamente el diálogo judeocristiano ha venido a romper la tendencia de muchos creyentes, de ambas confesiones, de creer que los prejuicios asimilados durante siglos eran asumidos como ciertos por la propia costumbre o habituación.

Por ello, con este tipo de encuentros, estamos escribiendo la historia, cumpliendo con nuestros más altos preceptos y marcando el rumbo de las dos religiones que han definido el mundo en el que vivimos, esto es, la civilización judeo-cristiana.

El diálogo judeocristiano es un fenómeno reciente en términos absolutos, pero extraordinariamente positivo.

Comenzó a fraguarse con la Conferencia de Seelisberg, convocada en 1947, y continuó gracias a la investigación rigurosa del historiador judío francés Jules Isaac y al compromiso del Cardenal Bea que dio origen a la Declaración Nostra Aetate, firmada por el Papa Pablo VI en 1965 durante el Concilio Vaticano II, convocado por el Papa bueno San Juan XXIII. No debemos olvidar tampoco la Carta Apostólica del Papa Juan Pablo II “Redemptionis Anno” en Abril de 1984 sobre la ciudad de Jerusalem, el establecimiento de relaciones diplomáticas entre el Estado de Israel y la Santa Sede, y por supuesto, la Exhortación Apostólica “Evangelii Gaudium” del Papa Francisco en noviembre de 2013 y el documento “Los dones de Dios son irrevocables” de diciembre de 2015.

Las relaciones entre la Iglesia Católica y los judíos han vivido un cambio lento pero constante, el cual representa, no por casualidad, el tiempo más próspero de la civilización judeocristiana.

Durante los más de cincuenta años que transcurren desde la Declaración Nostra Aetate, hemos sido, pues, testigos privilegiados de una revolución religiosa sin precedentes, en palabras de Philip A. Cunningham, presidente del Consejo Internacional de Cristianos y Judíos.

Sin embargo, llegar hasta aquí no ha sido fácil. Si queremos aproximarnos y avanzar en el diálogo judeo-cristiano con honestidad, antes hemos de asumir nuestra propia historia. Así, podremos afrontar las necesidades y sensibilidades del otro, sin incurrir en errores o malentendidos. Por ello, quiero hacer una breve referencia a la historia pasada que hemos compartido, y al dolor que la misma ha conllevado.

La difamación, la calumnia, la opresión, la persecución y la sangre han pavimentado el camino que afortunadamente hemos dejado atrás. Las matanzas y las expulsiones de judíos no pueden entenderse sin los estereotipos y sin las doctrinas que la Iglesia fue derramando durante siglos.

A modo de enumeración podemos decir que las Homilias bajo el título “Adversus Judaeum” de Juan Crisóstomo; la Primera Cruzada, que en los albores del segundo milenio en su camino a Tierra Santa, atacó las comunidades judías europeas que encontraba a su paso, la quema del Talmud en 1248 en Francia, tras ser declarada obra del diablo por el Papa Gregorio IX; los debates de Barcelona en 1263 y Tortosa en 1412; Vicente Ferrer, impulsor de conversiones forzadas y de la revuelta antijudía de 1391 que se extendió por casi toda España, siendo particularmente sangrienta en el Sur y en Sevilla; el Tribunal de la Santa Inquisición y su persecución contra los judaizantes intentando borrar toda huella judía de la cultura nacional española, la oración de Viernes Santo “oremus et pro perfidis judaeis” desde el siglo VI, y los libelos de sangre –como la leyenda del asesinato del niño Diego del Val en La Guardia-, entre otros, han supuesto la época más oscura para los judíos que vivían en tierras de la Cristiandad.

Ciertamente, el origen de esta animadversión y hostilidad reside en la postulación de la Iglesia católica como el nuevo *Verus Israel* y en la imputación al pueblo judío del crimen del Deicidio. La Iglesia pretendió sustituir a los judíos como el nuevo pueblo elegido por Dios, considerando entonces al judaísmo como una religión fallida, llamada a ser corregida. Esta

teología del desprecio y de la sustitución fue un error teñido de sangre y una injusticia milenaria.

Pero lo peor estaba por llegar. En pleno siglo XX, el país más culto y avanzado de Europa y con un Gobierno elegido en las urnas, usó todos los recursos del Estado, para diseñar y ejecutar un plan sistemático que se propuso asesinar a todos los judíos de Europa, millones de hombres, mujeres y niños. Esta fiebre de odio no habría podido expandirse por toda Europa sin el poso cultural antijudío milenario de los tiempos anteriores. En este sentido, fue sin duda el horror del Holocausto y el ambivalente papel de la Iglesia ante el mismo, lo que marcó un antes y un después en la aproximación cristiana al pueblo judío.

Como expone la declaración **Daburí Emet**, (Di la verdad) firmada por rabinos e intelectuales judíos, a la que aludiremos más tarde, en atención a las palabras del Papa Benedicto XVI, el nazismo no fue un fenómeno cristiano, ni tampoco el odio a los judíos. La Iglesia no creó el antisemitismo, pero sí lo alimentó en dilatados períodos de su historia. Finalmente, esa actitud histórica fue categóricamente rechazada por la declaración del Concilio Vaticano II conocida como "**Nostra Aetate**" a la que ya hemos hecho mérito.

Nostra Aetate introdujo en la enseñanza de la Iglesia una visión de respeto al pueblo judío y al judaísmo. En consecuencia, la Iglesia condenó el antisemitismo, rechazó la idea de responsabilidad colectiva y continua de los judíos en la muerte de Jesús, y afirmó, como eterno e ininterrumpido, el Pacto Divino, la Alianza con el pueblo judío.

La Iglesia, en un gesto que la honrará durante los siglos venideros, abandonó la teología de la sustitución y abrazó al pueblo judío como "los hermanos mayores de la fe". Fue una decisión histórica, una iniciativa disruptiva que cambió para siempre las relaciones entre judíos y cristianos, y el devenir de Occidente. Hoy todas las Iglesias cristianas abrazan la interacción con los judíos. Judíos y cristianos hablamos de tú a tú, como compañeros de fe y de espíritu.

Pero sin duda fue el Papa San Juan Pablo II quién estableció la prioridad de esa relación como ninguno de sus predecesores, dándole un gigantesco impulso. Uno de los momentos más importantes en las relaciones con el pueblo judío, sino el más importante de su Pontificado, fue el establecimiento de relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y el Estado

de Israel. El preámbulo del acuerdo, dice que *“ésta normalización ocurre dentro del contexto de la reconciliación histórica de la Iglesia Católica con el pueblo judío.”*

Por su parte, el Arzobispo Luigi Barbarito, pro-nuncio apostólico en Australia, declaró al Tribunal de San Jaime, en Westminster, el 28 de febrero de 1984, *“que el documento también es histórico por su reconocimiento del carácter único y significado universal de la Tierra Santa para el pueblo judío”*. Sin embargo, la jerarquía católica en el mundo árabe y en los territorios palestinos, estaba y sigue estando en contra del avance de las relaciones de la Santa Sede con Israel. Esa reticencia nació del temor a la reacción sobre sus propias comunidades cristianas en esos países, y se ha asentado como parte indisoluble de su ministerio.

La visita del Papa Juan Pablo II a Yad Vashem, Museo del Holocausto en Jerusalén, o al Muro de las Lamentaciones, en reverencia respetuosa con la tradición judía, pidiendo el perdón divino por los pecados de los cristianos contra los judíos a través de los siglos, tuvo un impacto muy profundo en toda la sociedad israelí y también en los judíos de la Diáspora. El Primer Ministro israelí de entonces, Ehud Barak, dijo que *“este momento se recordará para siempre como un momento mágico de la verdad y una victoria para la justicia y la esperanza”*.

Durante el pontificado de San Juan Pablo II, el Vaticano realizó numerosas declaraciones y pronunciamientos respecto al pueblo judío, y muchas de ellas recibieron una respuesta explícita por parte de organizaciones religiosas y seculares judías.

La más conocida pero también controvertida, fue la suscrita por rabinos e intelectuales judíos de diferentes corrientes que lo hacían a título individual y que se publicó el 10 de septiembre de 2000 en el New York Times con el nombre de Dabru Emet a la que ya hemos hecho referencia. En esta se dice *“creemos que ha llegado la hora de que los judíos conozcan los esfuerzos de los cristianos por hacer honor al judaísmo. Creemos que ha llegado la hora de que los judíos reflexionen sobre lo que puede decir ahora el judaísmo a propósito del cristianismo”*.

Se apuntaron, para ello, 8 puntos principales:

- 1) Que judíos y cristianos adoran al mismo Dios.
- 2) Que judíos y cristianos reconocen la autoridad del mismo Libro, la “Biblia”, a la que los judíos llamamos Tanaj y los cristianos Antiguo Testamento.

- 3) Que los cristianos pueden secundar la reivindicación judía del Estado de Israel.
- 4) Que judíos y cristianos aceptan los principios morales de la Torá.
- 5) Que el nazismo no fue un fenómeno cristiano.
- 6) Que existen muchas diferencias irreconciliables entre judíos y cristianos, que no se resolverán hasta que Dios salve al mundo entero (como han prometido las Sagradas Escrituras).
- 7) Que una nueva unidad entre judíos y cristianos no debilitará la fe judía.
- 8) Que judíos y cristianos deben colaborar en los ideales de la justicia y de la paz.

Merece también destacarse la respuesta que el International Jewish Committee on Interreligious Consultations dio en marzo de 1998 al documento vaticano “Nosotros recordamos: una reflexión sobre la Shoá”, que en contra de los documentos precedentes se manifestó con ambigüedad y demasiado “tiento” sobre el papel de la Iglesia durante el Holocausto. El Comité se expresó así: *“Hubiéramos deseado que el documento del Vaticano se escribiera con el mismo enfoque categórico que el de otras declaraciones de Conferencias Episcopales que se caracterización por su claridad, sensibilidad y valentía”*.

En esa misma respuesta se dice *“nadie puede dudar del aborrecimiento sincero del Papa del antisemitismo, pero su absolución aparente de la Iglesia de la responsabilidad histórica es, cuanto menos, desconcertante”*.

También es necesario citar el documento firmado al unísono por la Conferencia Central de Rabinos Americanos (Reformista) y la Asamblea Rabínica (Conservadora) en marzo del año 2000, donde se reconocían los avances realizados por la Iglesia en las relaciones judeo-católicas: *“Elogiamos los pasos dados por el Papa Juan Pablo II para erradicar los motivos históricos que han separado nuestras comunidades. El Papa ha condenado el antisemitismo como un pecado contra Dios, ha forjado relaciones diplomáticas con Israel, ha pedido a la Cristiandad hacer teshuvá por las atrocidades del Holocausto. Ha pedido perdón por los excesos de las Cruzadas y la Inquisición. Se ha opuesto a la evangelización cristiana de los judíos. En este contexto, damos la bienvenida y aprendemos la liturgia histórica del perdón.”*

En este sentido debemos volver al ejemplo que nos dieron el Papa Juan XXIII y Jules Isaac y recoger su espíritu de fraternidad como eje del diálogo judeocristiano.

Tenemos que acudir al espíritu de San Juan Pablo II y de las organizaciones judías que le secundaron. Ellos aparcaron toda diferencia entre sus creencias, rechazaron los miedos y las heridas del pasado, y se dieron la mano para construir una nueva era de colaboración y entendimiento. De la enseñanza del desprecio se pasó a la enseñanza del aprecio mutuo. El reconocimiento de que la Alianza de Dios con el pueblo judío es una alianza nunca revocada por parte de las Iglesias cristianas, fue el primer gran paso en pos de la reconciliación y de la avenencia.

Las palabras del Papa Francisco sobre el antisemitismo, calificándolo como actitud contraria a todo principio cristiano, demuestran que el proceso ha sido exitoso, y que ambas religiones tenemos un destino común. Por su parte, las comunidades judías de todo el mundo han alabado y han reconocido este cambio transcendental en la doctrina de la Iglesia.

Así, lo expone la declaración de 2016 de la Conferencia de Rabinos Ortodoxos Europeos y el Consejo Rabínico de los Estados Unidos, avalada por el gran Rabinato de Israel: *“Nuestro objetivo es profundizar el diálogo y la colaboración con la Iglesia para promover nuestro entendimiento mutuo y avanzar en nuestras metas... [de trabajo,] juntos, para mejorar el mundo: seguir los caminos de Dios, alimentar al hambriento y vestir al desnudo, dar alegría a viudos y huérfanos, refugio a los perseguidos y los oprimidos, y merecer las bendiciones [de Dios]”*.

Los judíos siempre mantendremos nuestras puertas abiertas para seguir avanzando en las relaciones con el cristianismo. A pesar de que el balance de estos últimos 2000 años de relación entre la Cristiandad y el Judaísmo es negativo, como reconoció la mismísima Comisión para las Relaciones Religiosas con el Judaísmo de la Santa Sede en su documento, ya mencionado, “Nosotros recordamos: una reflexión sobre la Shoah”, los siglos de ominosa persecución ya pasaron, es hora de mirar hacia adelante, de atender a lo que nos une, y no a lo que nos separa.

Queridos amigos,

Judíos y cristianos trabajamos por la consecución de los mismos valores: libertad, justicia, paz, amor al prójimo, honradez y caridad.

Judíos y cristianos tenemos una identidad compartida y unos lazos familiares irrenunciables. A este respecto, fue su Santidad San Juan Pablo II quien

insistió en ello con valentía. Al comienzo de su Pontificado, el 12 de marzo de 1979 declaró: “*Nuestras dos comunidades religiosas están vinculadas al nivel mismo de su propia identidad*”. Posteriormente, el 13 de abril de 1986, realizó una manifestación que se convirtió en histórica: “*La religión judía no nos es <<extrínseca>> sino, en cierto sentido, es <<intrínseca>> a nuestra religión. Tenemos pues con ella un vínculo que no tenemos con ninguna otra religión. Vosotros sois nuestros hermanos preferidos, y, podría decirse, nuestros hermanos mayores.*”

La Iglesia acepta actualmente la raíz santa del judaísmo, y esta raíz es el origen y el soporte para el gran árbol que es la civilización judeocristiana, todo ello con base en la propia Epístola de San Pablo a los Romanos. Como dijo el Papa Francisco en su Exhortación Apostólica **Evangelii Gaudium**: “*Una mirada muy especial se dirige al pueblo judío, cuya Alianza con Dios jamás ha sido revocada, porque «los dones y el llamado de Dios son irrevocables». La Iglesia, que comparte con el Judaísmo una parte importante de las Sagradas Escrituras, considera al pueblo de la Alianza y su fe como una raíz sagrada de la propia identidad cristiana.*”

Como podemos comprobar, durante estos más de 50 años, el dialogo judeocristiano se ha convertido en un hecho innegable. No obstante, aún queda mucho por hacer.

En concreto, el diálogo judeocristiano experimentaría un salto cualitativo asombroso si, en conjunción, fuéramos más activos, si nos mostráramos juntos y no separados, y si tuviéramos una posición compartida firme sobre las amenazas que se ciernen sobre nuestras sociedades, sobre la educación, sobre el relativismo y sobre el fanatismo ideológico.

Dado el momento de la historia que estamos atravesando, judíos y cristianos deberíamos tener una postura común ante el Islam radical, responsable de los terribles atentados indiscriminados que asolan las calles de Europa y del mundo en las últimas décadas y de la persecución de los cristianos en Oriente Medio –una persecución, que los judíos siempre, siempre, y desde el principio, hemos denunciado-.

La especificidad es esencial en este diálogo judeocristiano como es esencial en el diálogo entre un hombre y una mujer. No se trata de convertirse en el otro, pero sí de aceptar al otro en su diferencia. Mientras no sepamos quiénes somos, mientras no sepamos lo que somos, sólo podremos hablar en el vacío. En este diálogo, y una vez asumida nuestra historia en común, debe intentar definirse con respecto a los problemas del presente y a los problemas del futuro.

Caminemos juntos de la mano, y no nos pongamos de perfil. Somos iguales y tenemos aspiraciones similares. Denunciemos juntos los ataques contra la civilización judeocristiana. Posicinémonos, unidos, en contra del relativismo que inunda las conciencias de nuestra sociedad.

Nuestra salvación, nuestra supervivencia, dependen de la colaboración, y no de la competencia o del desencuentro.

En las Jornadas de Política y Religión, organizadas por la Universidad Complutense el pasado mes de junio, con la presencia del Arzobispo de Madrid y del Presidente de la Comisión Islámica, los judíos defendimos la presencia del factor religioso en la sociedad y la no exclusión de Dios. Porque, como bien nos enseña la historia, cuando se mata a Dios, surgen los totalitarismos que matan a los hombres. Mostrémonos, pues, firmes ante los ataques que reciben la libertad y la democracia diariamente. Seamos protagonistas y no miremos a otro lado con indiferencia.

Deberíamos invertir juntos en el mejor legado que podemos dejar a nuestros hijos: la educación. La Iglesia tiene unos medios inmejorables para ello. Sus colegios, sus medios de comunicación, sus instituciones y sus pulpitos son herramientas valiosísimas para difundir una educación basada en la alteridad, en el respeto al prójimo, en el derecho a la diferencia, en la libertad y en la diversidad.

Una educación basada en la tolerancia y en el respeto es la mejor arma que tenemos para preservar un futuro en el que judíos, cristianos y musulmanes podamos desarrollar nuestras creencias y nuestra fe en libertad y seguridad. El diálogo judeocristiano debe avanzar y estas son las vías más idóneas y necesarias para ello.

En nuestro país, España, el diálogo judeocristiano tiene que extenderse a todo el territorio nacional. El Centro de Estudios Judeo-Cristianos es el elemento vertebrador de este diálogo, y sería de gran ayuda que albergara sedes en todas las capitales de comunidades autónomas.

El diálogo judeocristiano, queridos amigos, nos enriquece, nos hace mejores fieles y mejores personas. No perdamos la oportunidad, no releguemos el diálogo entre judíos y cristianos a meras actuaciones testimoniales. Hagámoslo efectivo, hagámoslo realidad.

El precepto judío Tikkun Olam (arreglar el mundo) nos enseña que cada día podemos y debemos ser mejores. Seamos valientes y obtengamos los frutos que nos dará una relación más estrecha, fluida y elaborada.

Desde la FCJE deseamos avivar este diálogo, que beneficia a ambas partes y a España en general, pero entendemos que es asimismo necesario que la Iglesia cierre heridas que aún siguen abiertas con sus hermanos judíos. Desde aquí, con este espíritu conciliador e ilusionante, y sin ningún tipo de rencor, los judíos españoles le pedimos a la Iglesia católica que al igual que en otros países de nuestro entorno, se establezca una comisión mixta entre la Iglesia y las comunidades judías que se reúna de modo periódico para tratar de los temas que mutuamente se convengan o de los problemas que nos acucien en cada momento.

Agradeceríamos que la Iglesia en España reconociera la verdad sobre sucesos que en el pasado costaron muchas vidas judías y sobre la que alberga una responsabilidad directa, como el caso del juicio del Niño de la Guardia. Consideraríamos un gesto de buena voluntad que la Iglesia devolviera, simbólicamente, la Sinagoga Mayor de Toledo, conocida como Santa María la Blanca, a la comunidad judía, que le fue arrebatada tras la revuelta antijudía de 1391.

Siguiendo las palabras del Cardenal Roger Etchegaray pronunciadas el 8 de septiembre de 1997 “debemos avanzar” en el diálogo judeocristiano, “*De lo contrario, el diálogo entre judíos y cristianos seguirá siendo superficial, limitado y lleno de restricciones mentales*”. La historia ha dejado en nuestras manos la responsabilidad de que los esfuerzos encomiables de nuestros predecesores no perezcan en el olvido, la rutina y la inacción.

En el camino que nos queda por delante, nuestras dos comunidades todavía tienen mucho que aprender la una de la otra y, como dice el Talmud, aprendemos de nuestros amigos mucho más que de nuestros maestros.

Muchas gracias.